

Anoche ha soplado un ventarrón huracanado, un vendaval que me ha tenido toda ella desvelado. Y provocó el vendaval de mi espíritu. Era lo que allá se llama viento terral o viento de tierra y también ábrego, es decir: *áfricus*, viento africano. Vendaval es un término de origen catalán y quiere decir, viento de abajo: *vent d'avall*. Aquí le llaman *castelaizea* o viento de Castilla y también *ego* — con el artículo *egoa* — y es el viento sur. (No *sud*, ni sudamericanos sino suramericanos, pues no se trata de sudar). Al suroeste llámanle *egobeltza*, esto es: sur negro.

Anoche ha soplado toda la noche, y sigue hoy en el día, viento de tierra. La ventana de mi cuarto se estremecía y crujía su falleba — que aquí llaman *es-pagnolette*. Este huracán venía de los páramos centrales de mi patria, después de haberlos barrido. Y se iba a la mar, a perderse — y a amansarse — en ella. Arremolina y arrastra las hojas secas del otoño, hácelas danzar una danza macabra y gemebunda; desnuda los árboles.

Me pasé la noche toda sin poder pegar ojo y en un estado de excitación. El doctor Durruty me ha dicho luego que este viento estremece el organismo, activa la fiebre y aun la produce. Yo tuve anoche el alma en fiebre. Y menos mal si así se quemaron malos humores, si se me alivió el artritisismo espiritual, el reuma de la mente.

Parecía de noche que las tinieblas gemían.

¿Gemían o bramaban? Y recordé aquellas terribles palabras del Antiguo Testamento sobre el susurro de Jehová. No fué susurro; fué resoplido de congoja, casi de agonía. Diríase el estertor de su agonía. Y como llegaba por ondas, por oleaje, como el divino gemido de la Mar, antojábase me que el viento venía por oleadas y que estábamos sumergidos en un abismo de aire convulsionado, de aire que llenaba estos valles, estas encañadas. ¿Romperían las crestas invisibles de estas gigantescas olas de viento contra las cumbres de Larrún, de la Peña de Aya, del Jaizquibel? "¡Quién estuviera ahora allí, en una de esas cumbres — me decía — recibiendo el huracán de cara, sintiendo al viento tañer sobre la frente de uno!" Porque cuando se afronta así el huracán es el cuerpo de quien lo afronta el que resuena, el que, convertido en arpa eó-

lica, canta. Sentiría cantar mi frente frente al huracán.

Pero acurrucado en la cama, temiendo tener que levantarme de ella para volver a cerrar la ventana que retemblaba al vendaval, iba, con una claridad febril, repasando impresiones recientes, cosas vistas, cosas oídas, cosas leídas. Recordaba haberme cruzado, la víspera, en la carretera que va a Urruña, con unas buenas caseras de Beobia — o Beobie, la Beobia francesa — que volvían de la iglesia, de haber asistido a vísperas. Iban con su devocionario, su

~~DESDE HENDAYA~~

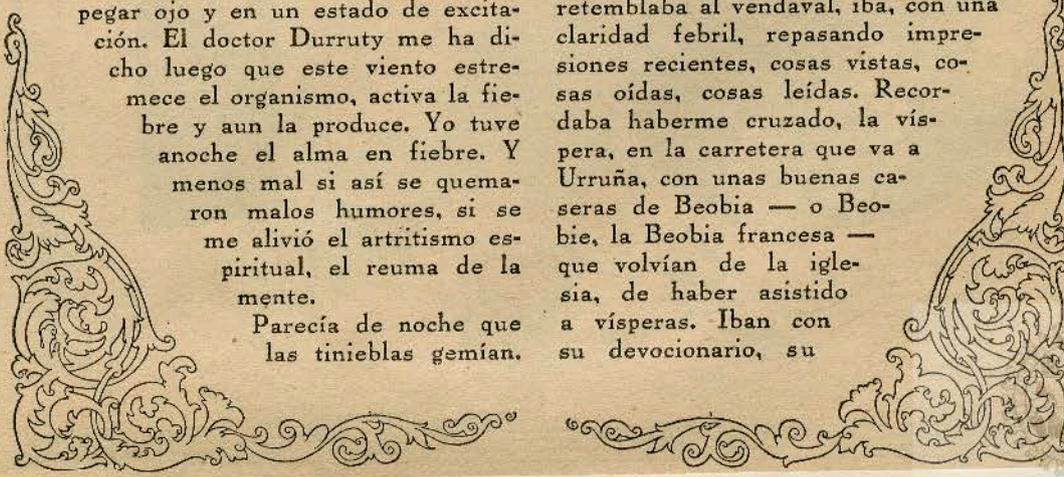


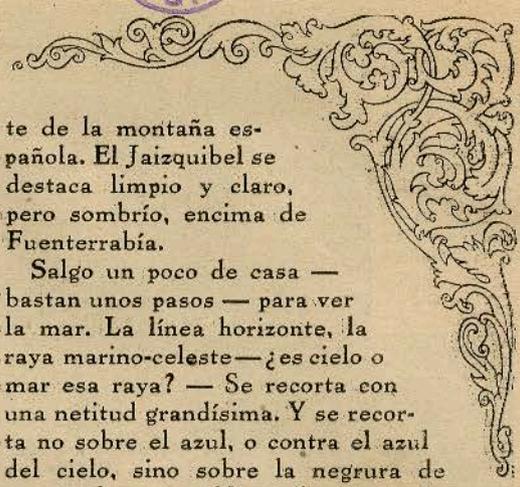
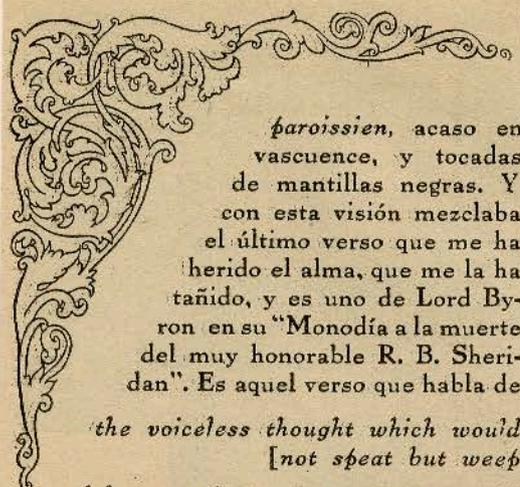
XI

NOCHE DE HURACAN

O.C. Comox

6 XI 1926





paroissien, acaso en vascuence, y tocadas de mantillas negras. Y con esta visión mezclaba el último verso que me ha herido el alma, que me la ha tañido, y es uno de Lord Byron en su "Monodía a la muerte del muy honorable R. B. Sheridan". Es aquel verso que habla de

*the voiceless thought which would
[not speak but weep*

del pensamiento sin voz que querría no hablar sino llorar. Y *voiceless*, sin voz, no es mudo. El llanto jamás es mudo. O por lo menos silencioso. Puede serlo el lloro, pero no el llanto. Y el gemido del viento no es voz, no habla, pero es llanto, y se queja. Pero ¿cómo llegaron a herirme el alma en el mismo día la visión de las caseras de Beobia saliendo de vísperas y el verso agorero de Lord Byron?

Pasó la noche, se ha abierto el día, un día mediado noviembre, y se me ha aparecido este mundo que abarco con la mirada, este pequeño mundo de mi destierro, a la luz de un ámbito barrido por el vendaval. Este impetuoso viento de tierra, tan alborotador, tan revoltoso, tan febricitante, tiene la propiedad de limpiar la atmósfera, de serenarla, y de acercar las lejanías. Las faldas de macizo sobre que se levanta la Peña de Aya, sobre Irún, parecen estar al alcance de la mano. Diríase que en breve avance podría ir a beber de aquella pequeña cascada, de aquella cola de caballo de agua, que veo brillar al sol allí, en la vertien-

te de la montaña española. El Jaizquibel se destaca limpio y claro, pero sombrío, encima de Fuenterrabía.

Salgo un poco de casa — bastan unos pasos — para ver la mar. La línea horizonte, la raya marino-celeste — ¿es cielo o mar esa raya? — Se recorta con una nitidez grandísima. Y se recorta no sobre el azul, o contra el azul del cielo, sino sobre la negrura de unos nubarrones. Nunca he visto a la mar más serena, acogiendo en su seno a este viento huracanado. Que no es suyo, que no es el viento de la galerna. Este es el viento seco, el viento de tierra, e huracán del páramo, el ábrego agostador.

Ha acabado el viento, se ha amansado cansándose de gemir bramando, y ha llovido un poco, una llovizna. Hay un proverbio francés que dice que llovizna abate ventarrón, *petite pluie abat grand vent*. No es que la llovizna ven-

ga a abatir al ventarrón, a apagarlo, sino es que el ventarrón se resuelve en llovizna. Toda esa tempestad tenebrosa se ha derretido en unas cuantas lágrimas. Que han servido para hacer fango del polvo que aun quedaba en los caminos después del barrido huracanado.

Pero, ¿y el otro vendaval? Hoy, como ayer y como mañana — Dios mediante — iré después de almorzar al café a leer el diario *La France*, de Burdeos, a recoger ecos del vendaval que sopla sobre Europa.

Por
MIGUEL
DE
UNAMUNO

